

Literatura erótica árabe: perennidad de una tradición

FATIHA BENLABBAH
Universidad Mohammad V. Rabat

La sensualité des Orientaux hante l'imaginaire occidental, mais on l'évoque plus qu'on la comprend.

M.C.

Entendemos por literatura erótica árabe un conjunto de escritos sobre el amor y la sensualidad producidos a lo largo de muchos siglos por escritores árabes en Oriente, en el Occidente musulmán y en el Magreb. La producción sostenida de esta literatura, así como el carácter continuo de las especificidades que la distinguen, nos permiten hablar de una tradición literaria propiamente dicha.

El tema del amor constituía el centro de la poesía árabe preislámica y de la escrita durante los tres primeros siglos del Islam. Pero era objeto de canto, no de estudio. Es a partir del siglo IV de la Hégira (siglo IX de la era cristiana) cuando se convierte en un tema de reflexión y de estudio, lo cual se explica por el cambio social provocado por la aparición de una clase social acomodada, ociosa y buscadora de los placeres mundanos, por la llegada a Bagdad de esclavas extranjeras y de concubinas que introducen en el imperio musulmán técnicas y prácticas eróticas nuevas y por la traducción de obras filosóficas y eróticas de autores persas, indios o griegos. Los califas abbasíes fueron los que promovieron la cultura y, particularmente, la traducción de obras extranjeras al árabe. Empezó a desarrollarse así un pensamiento filosófico que comprendía todos los aspectos de la vida, gracias a figuras como Al-Kindī, Avicena, Al-Farābī, Al-Tawhīdī, y otros. Fue entonces natural que el tema del amor se convirtiese en un tema filosófico situado en el mismo nivel que otros temas metafísicos tales como la existencia o la Nada. Al-Kindī fue el autor del primer estudio filosófico sobre el tema. Lo siguió Avicena con su *Tratado sobre el amor*. Pero se considera el tratado de los Hermanos de la Pureza lo mejor que se ha escrito sobre el particular desde un punto de vista filosófico.

Sin embargo, si los filósofos centraron su reflexión en la esencia del amor, hubo hombres que a lo largo de muchos siglos, dedicaron obras y obras al estudio de sus causas, señales y categorías sin marginar la dimensión sensual o sexual. Se trataba de alfaquíes, o sea, de teólogos. Paradójicamente, a ellos se debe la producción de una profusa literatura erótica en el mundo árabe-islámico. Algunas obras representativas

de esta literatura, por haber sido traducidas a varios idiomas, son más conocidas en Occidente que el Tratado filosófico sobre el amor del gran Avicena o el importante tratado de los Hermanos de la pureza. De ahí que (es nuestra primera observación) el discurso árabe sobre el amor y la sensualidad fuera esencialmente un discurso religioso. Nació, efectivamente, del deseo de juristas, imames y ulemas, de informar al creyente sobre este aspecto, que es uno de los aspectos más misteriosos de la creación. Ibn Hazm, el Imam ibn al-Yawsī, el Jeque Al-Sarrāy, el Imam ibn Qayyim al-Yawsiyya, Ibn Arabī, por ejemplo, y otros *Riyāhi ed-dīn*, hombres religiosos, trataron a veces con todo lujo de detalles, el tema del amor y de la sexualidad. Es significativo ver cómo algunos de estos autores inician sus libros con oraciones y alabanzas a Dios. Ibn Hazm dice en las primeras líneas de *El collar de la paloma*:

Lo mejor con que puedo empezar es alabar a Dios como lo merece [...] Que Dios nos libre de la duda [...] Que su buena ayuda nos ilumine y nos guíe hacia su obediencia [...] que no nos abandone a nuestra debilidad [...] ni a la depravación¹.

El Jeque Nafsāwī, por su parte inicia su libro *Ar-Rawḍ al-‘āṭir fī nushati al-jāṭir* [*El jardín perfumado*] con una larga oración en que da gracias a Dios por haber dado al ser humano esta capacidad de amar. Amar es un don del cielo:

Alabado sea Dios, que ha puesto el mayor placer de los hombres en la vagina de las mujeres y el de las mujeres en la verga de los hombres. No se calma la verga hasta penetrar en la vagina y esta no encuentra satisfacción sino en aquella. Cuando se encuentran se produce la lucha, las cornadas, un combate feroz [...]. Alabo a Dios como un siervo incapaz de evitar amar las cosas buenas [...]².

El discurso erótico árabe traduce o refleja la concepción del deseo como dimensión legítima del creyente. La ley islámica no parece discutir el deseo ni el placer, siempre cuando se vivan y se gocen dentro de los límites de lo permitido. Puesto que el Islam reconoce el poder de la pasión en el ser humano, reconoce también la necesidad de explicarla al creyente en otro lenguaje que no sea el dogmático: un lenguaje más libre, más atrevido, en unas obras didácticas que, al mismo tiempo que reconocen la importancia primordial de la *Sharī‘a* o Ley islámica, no excluyen la aprehensión del amor en su dimensión placentera³. Entonces, el amor en todas sus dimensiones,

¹ Ibn Hazm, *Tawq al-ḥamāma*, Dar Abū Salāma, Túnez, 1982, 21.

² Nafsāwī, *Ar-Rawḍ al-‘āṭir fī nushati al-jāṭir*, Riad el-Rayyis Books, London, 1990, 23. Este libro es considerado como una de las cuatro obras clásicas sobre el erotismo: *El Arte de amar* de Ovidio, el *Anangaranga* persa y el *Kama Sutra* indio.

³ La concepción del Islam como *Dīn wa dunya* (religión y vida) y el principio *lā hayā‘a fī ad-dīn* (en materia religiosa no hay pudor) pueden explicar esta tendencia didáctica y la aprehensión de la dimensión placentera del amor. Pero el punto de partida o base escrita está en El Corán y el Hadiz (Los Dichos del Profeta Muḥammad). Según el Corán la relación entre el hombre y la mujer es una relación de complementariedad, de amor y goce. En esto reside uno de los signos (aleyas) de Dios: “Vuestras mujeres son vuestra campiña. Id a vuestra campiña como queráis” 2, 223; “Os declaro lícito, la noche del ayuno, la visita a vuestras mujeres: ellas son vuestro vestido y vosotros sois su vestido [...] Ahora cohabitad con ellas y pedid lo que Dios os ha prescrito”, 2, 183-7). La relación carnal es lícita, conforme con la voluntad de Allah y con el orden del mundo. Es también un signo del poder divino. La reiteración de este tema a lo largo del Corán revela la posición central que ocupa el amor

humano; amor que conduce a la procreación y a la multiplicación. En el amor hay una imitación del acto creador de Dios. Entonces, es en la mujer donde el hombre encuentra su plenitud; a pesar de que en varias aleyas se insiste en la supremacía del hombre sobre la mujer. ¿No se dice, partiendo de un Hadiz, que el matrimonio es la mitad de la fe? La plenitud del ser, en el sentido religioso o espiritual y sensual, está en el encuentro y unión con el otro que completa, y está en compartir los dos el mismo amor. En un Hadiz del Profeta, este explica que el sentido de la Sadaqa (la limosna) es amplio y que son limosna no solo la glorificación de Dios y la recomendación del bien, sino que la relación carnal también lo es: *Wa fi bud'i ahadikum şadaqatun* (citado por Ibn Qayyim al-Yawsiyya, *Rawdat al-muhibbîn*, Beirut, 1977, 212), o sea, literalmente, en el coito tenéis una limosna. Haciendo el amor, el creyente recibe una retribución divina. Consumado en la alegría y la aceptación mutua, el amor se convierte en una manera de agradecer a Dios sus favores. Más aún, Dios considera transgresión la abstención o la consideración del amor y de la satisfacción sexual como ilícitos mientras Él los declara lícitos. Un buen ejemplo es la aleya de la azora *La prohibición (Al-ahzâm)*, en que Allah se dirige al Profeta que un día, a causa de un problema con alguna de sus esposas, decidió abstenerse del amor y le dice: “oh Profeta! Por qué, buscando la satisfacción de tus esposas, declaras ilícito lo que Dios te ha declarado lícito? Dios es indulgente, misericordioso” (66,1). En *La mesa (Al-mâida)* se reitera la misma prohibición; más aún, Dios prohíbe todo extremismo en materia religiosa y toda devoción exagerada, dice: “Oh los que Creéis! No se os prohíben los manjares que Dios os ha declarado lícitos, pero no seáis transgresores. Dios no ama a los transgresores” (5, 87). El Jeque Abubaker Hamza, explica que esta aleya refleja el efecto que producía la vida (o conducta) de curas y monjes cristianos sobre la comunidad musulmana de Medina. Muchos musulmanes, considerando a aquellos religiosos como modelo de castidad, quisieron hacer como ellos, practicar una vida monacal y hacer voto de castidad (*Le Coran*, Fayard/Danoel, 1972, 248). Ahora bien, el Islam ve en el matrimonio un factor principal de equilibrio individual y una institución social que ha de garantizar la permanencia de la especie humana y la salud moral de la comunidad musulmana: “lâ rahbâniata fî al-Islâm” (“nada de monacato en el Islam”), dijo el Profeta y en la azora *Los Bizantinos* leemos: “Dios ha establecido el amor y la bondad entre vosotros” (30,21). En el Islam el amor y el erotismo son valorados: el amor, en lo que tiene de más carnal, es aprehendido como constituyente esencial del ser; gozar, en el marco del *Nikâh*, del matrimonio, constituye el ideal de vida. Gozar equivale a vivir en el más allá por anticipado. El Profeta dijo: “cuando un hombre mira a su esposa y ella le mira, Dios los cubre con una mirada misericordiosa. Cuando el esposo toma la mano de la esposa y ella le toma la mano, sus pecados se van entre sus dedos. Cuando cohabita con ella, los ángeles los rodean de la tierra al zénit. La voluptuosidad y el deseo tienen la belleza de las montañas [...]” (Hadiz). El Profeta declaró una vez que las cosas que más quería eran las mujeres, los perfumes y la oración. Aisha, la esposa más querida del Profeta tenía su casa contigua a la mezquita; el Profeta salía de los apartamentos de Aisha para la mezquita: la feminidad no constituía ninguna barrera entre él y Dios. Aisha explicó que el profeta recibió la Palabra divina estando con ella, en su lecho (Véase Magali Morsy, *Les femmes du Prophète*, Mercure de France, 1989, cap. “Aïcha, la femme-enfant”, 57). No es de extrañar, pues, que el amor se extienda incluso tras la muerte. En efecto, son varias las aleyas coránicas que describen la vida y los placeres de los que gozará el buen creyente en el paraíso: “¿Qué dones de vuestro Señor negaréis? Prescindiendo de ambos habrá jardines. ¿Qué dones de vuestro Señor negaréis? Oscurísimos por lo frondoso de su vegetación. ¿Qué dones de vuestro Señor negaréis? En ellos habrá frutos, palmerales y granados. ¿Qué dones de vuestro Señor negaréis? En ellos habrá dos fuentes abundantes. ¿Qué dones de vuestro Señor negaréis? En ambos habrá vírgenes excelentes, hermosas. ¿Qué dones de vuestro Señor negaréis? Hurfés enclaustradas en pabellones” (55, 61-72). Al musulmán le es dado, pues, conocer y vivir el amor hasta el infinito. Es lo que un cristiano ferviente y un misionero incansable como Raimundo Lulio no pudo entender y quiso, allá en el siglo XIII, utilizarlo en sus disputas con los musulmanes en contra del Islam. Para él, fuera de lo que decía el Evangelio de Mateo: “porque en la Resurrección ni los hombres tendrán mujeres, ni las mujeres tendrán hombres. Serán como ángeles de Dios en el cielo”, no había más que insensatez. (Para las opiniones de R. Lulio sobre el tema, ver *Doctrina pueril*, Mallorca 1275; *Liber de fine*, 1, 2: *Contra sarracenos*, 1305. Dice

constituye un elemento esencial en la visión islámica del hombre y de la vida, pero también en la visión de Dios. El conocimiento del amor en todos sus aspectos, contribuye al conocimiento del Creador⁴.

El carácter didáctico de esta literatura lo confirma también el hecho que algunos autores hayan escrito sus tratados por encargo. Ibn Hazm de Córdoba alude explícitamente al motivo de la composición de su *Tawq al-ḥamāma* [*El collar de la paloma*], en cuya introducción dice:

Tu carta llegó a mi casa de Játiva desde Almería [...] en ella me pides que te escriba un tratado sobre el amor, sus características, sus significados, sus causas y sus síntomas⁵.

Nafzāwī, por su parte, explica en la introducción que escribió su libro como ampliación de su librito *Tanwīr al-wuqqa' fī asrāri al-yamā'* [*Iluminación de protección acerca de los secretos de la comunidad*], por encargo de Ezwāwī, visir del sultán Abū-l-'Azīz el-Ḥafṣī de Túnez, el cual, viendo la perturbación del jeque, su invitado, le dijo:

¡No te avegüences! Todo lo que has escrito en tu librito es verdadero. No eres tú el primero en tratar esta ciencia. Juro por Dios que es lo que se necesita saber. Es una ciencia que sólo ignora o subestima quien tiene poca instrucción, está loco o no está enterado⁶.

Según una leyenda, Nafzāwī padecía de una condena a muerte en el momento en que prometió a su soberano escribirle un libro capaz de despertar su ardor ya menguado.

La lectura de esta literatura nos revela (segunda observación) una dualidad en el discurso sobre el amor sensual, que es tolerado o condenado según se privilegie la inclinación natural del ser humano (considerando que la capacidad de amar es un don divino) o la moral establecida. El árabe-musulmán está oscilando entre dos fuerzas, las que toleran lo sexual y las que lo condenan, y tiene que encontrar permanente-

en el primero, por ejemplo: “Mafumet fou home luxurios e hac 8 mullers e hac pari ab moltes altres fembres, e doná la secta molt amplia; e per la amplea que doná a las gents [...]”; “[...] e promès-los que en paradís haurien paria de fembres e manjarien mantga e bourien vi e agua e let e moltes d'altres bonanes los promès, per ço que le creguessen”). Entonces, en el Islam, la plenitud del amor pasa por el Eros, por los sentidos, por el cuerpo. La relación entre cuerpo y espíritu es una relación de inclusión no de exclusión. La mejor expresión que tengamos de esta visión del amor es la de los místicos tanto en el ámbito islámico como en el judío y el cristiano. José Ángel Valente, afirma que “No hay experiencia espiritual sin la complicidad de lo corpóreo” (“Teresa de Ávila o la aventura corpórea del espíritu”, en *Variaciones sobre el pájaro y la red*, Barcelona, Tusquets, 1991, 34). Abdelwahab Bouhdiba, en una expresión sintética interesante, dice que “El islamismo es ante todo naturalismo y la espiritualidad islámica está llena de naturalidad” (“Sexualité et sacralité”, *La sexualité en Islam*, Quadrige, PUF, 1975).

⁴ “La vision islamique de la science amoureuse en fait une parcelle de la connaissance de Dieu”, afirma Malek Chebel en su Introducción a *Les Lois secrètes de l'amour en Islam*, Le Nadir, Balland, 1990, s.p.

⁵ *Tawq al-ḥamāma*, Dar Abū Salāma, Túnez, 1982, 21-2 (la traducción es nuestra).

⁶ *Ar-Rawḍ al-'aṭir*, 24-5.

mente un equilibrio entre ellas. Malek Chebel dice que entre las dos tendencias hay una especie de “juego al escondite, que va perfectamente bien con la tensión erótica, la cual requiere ser preservada tanto de la vulgaridad como de la transparencia”⁷.

De esta literatura árabe sobre el amor y la sensualidad presentaremos las obras que nos parecen más representativas:

Ṭawq al-ḥamāma (*El collar de la paloma*), de Ibn Hazm de Córdoba (994-1063). Traducido al español y a otros idiomas)⁸.

Masāri’ al-’ushshāq (*Los peligros del amor*), del Jeque Al-Sarrāy (siglo XI). No traducido⁹.

Kitāb ahkām an-nisā’ (*El libro de las normas de conducta femenina*), del Imam Abdu al-rahmān ibn Alī Al-Yawsī (siglo XII). No traducido¹⁰.

Rawdat al-Muhibbīn wa Nuzhat al-Mushtāqīn (*El jardín de los enamorados*), de Ibn Qayyim al-Yawsiyya (Damasco 1292-1350). No traducido¹¹.

Ajbāru an-nisā’ (*Crónicas femeninas*), del Imam ibn Qayyim al-Yawsiyya. No traducido¹².

Al-rawd al-’ātir fī nushati al-jātir (*El jardín perfumado*), del Jeque Nafzāwī (Túnez, siglo XIV). Traducido a varios idiomas: francés, inglés, alemán, danés¹³.

El Kitab ou les lois secrètes de l’amour (*El Kitab (el libro) o las leyes secretas del amor*), escrito por el Jodya Omar Haleby Abū Othman (muerto en 1886). Traducido al francés por Paul de Réglā (1893) y reeditado por Malek Chebel (1992)¹⁴.

Le livre des séductions suivi de Dix aphorismes sur l’amour, de Malek Chebel (1996 [1ª ed. 1986])¹⁵.

Dependiendo de los casos y de la mentalidad, de la finalidad y experiencia de cada autor, esta literatura vehicula dos visiones de lo erótico y de lo femenino. *El collar de la paloma*, es una *risāla*, un tratado sobre el amor y los enamorados compuesto entre 1027 y 1028, por un joven de treinta y cuatro años, hijo de un visir, educado en un ambiente marcado por la religión y por la presencia femenina. *El collar de la paloma* no es un libro erótico. Es una descripción del amor; sus causas, síntomas, manifestaciones y todo cuanto en él y por él acaece. Lo componen treinta capítulos; diez de ellos versan sobre los fundamentos del amor, doce sobre su esencia, sus accidentes y rasgos vituperables y loables y seis sobre las adversidades que lo entorpecen. Dicho

⁷ Introducción a *Les lois secrètes de l’amour en Islam*, cit.

⁸ Utilizamos la edición de Salah Dīn Al-Qasimī, Dar Abū Salāma, Túnez, 1982.

⁹ Edición de M. Badr ed-dīn al-Gahssanī, 1907.

¹⁰ Edición de Alī ibn Mohammad ibn Yusuf al-Mohammadī, Qatar, 1993.

¹¹ Beirut, 1977.

¹² Dar Maktabat al-hayat, Beirut, 1973.

¹³ Riad el-Rayyis, London, 1990.

¹⁴ Le Nadir/Balland, 1992. Se trata de un libro particular del cual existe solo un ejemplar en la Biblioteca Nacional de París y data del año 1911. El día en que salió a la luz fue recibido como una “bomba impúdica”, dice M. Chebel, y las reediciones de las que fue objeto fueron “limpiadas”. La edición realizada por Chebel ofrece el texto integral del libro.

¹⁵ Petite Bibliothèque Payot, Paris, 2002. Malek Chebel, a diferencia de los autores citados, no es un religioso. Es un antropólogo y psicoanalista de origen argelino. Es el autor de varias obras sobre el mundo árabe y el Islam, y precisamente sobre el amor y la sexualidad: *Encyclopédie de l’amour en Islam. Erotisme, beauté et sexualité dans le monde arabe, en Perse et en Turquie* (1995), *L’esprit de sérail. Mythes et pratiques sexuels au Maghreb*, 1995, *Al-Jahiz, éphèbes et courtisanes* (1997), *Du désir*, 2000, *Psychoanalyse des mille et une nuit* (2002).

de un modo más detallado, el autor habla de la esencia y las señales del amor, de quien se enamora en sueños o solo por la pintura del objeto amado o por una sola mirada, de las señas hechas con lo ojos, de la correspondencia y de la unión amorosa, del amor secreto o divulgado, de la fidelidad y la infidelidad, de lo reprehensible que es el pecado y la recomendable castidad. Ibn Hazm explica que no hubiera tratado un tema tan liviano (el ser humano ha de ocupar su corta vida en aquello que haga más agradable su existencia en el más allá) si no estuviera convencido de que es imprescindible solazar el alma. Como buen creyente, demuestra que no hace sino poner en práctica consejos de ilustres antepasados a quienes cita, como el Profeta Muhammad quien habría dicho “dejad descansar a las almas, porque, si no, toman moho como el hierro”. Pero Ibn Hazm parte de su propia experiencia y de la observación de la sociedad en la que le tocó vivir. Ilustra sus análisis con versos amorosos escritos por él mismo. El amor es presentado aquí como un fenómeno real, natural en el ser humano; es inevitable, no se puede vivir sin él, mas tampoco hay que ir por el camino del pecado para satisfacerlo. Es una fuente de felicidad, es la cosa más bella, más alegre en la vida del ser humano. Es una energía que nos empuja a actuar, que eleva el alma. Es algo demasiado sutil para que lo podamos exponer con claridad. Para aprehender su verdad hay que tener perseverancia. Amar no es reprehensible y la *Sharī'a* no lo prohíbe puesto que nuestros corazones están entre las manos de Dios:

es una enfermedad que tiene en sí misma el remedio, es un estado gustoso, una dolencia deseada, quien la sufre no desea curarse de ella ni despertarse¹⁶.

De todos los placeres creados por Allāh, amar y gozar del objeto amado constituyen la mayor felicidad. No obstante, Ibn Hazm establece una oposición entre *Al-shahwa* (el deseo) y *al-'aql* (la razón) que, según él constituyen dos polos principales en la naturaleza humana: cuando vence el deseo, uno pierde lo mejor de sí y va por el camino de la perdición, porque es el camino de *Iblīs* (Satanás). La razón, en cambio, conduce al camino del bien, de lo justo:

muchos son los que obedeciendo a su corazón, desobedecen a su razón, se dejan llevar por sus inclinaciones, así se alejan de lo que Dios manda; van con el diablo en contra de Allah, su Dios¹⁷.

El Jeque As-Sarrāy cuenta en su *Masāri' al-'ushāq* historias de amor diversas, para la diversión y solaz del lector, que pertenecen a distintas épocas: preislámica, islámica, omeya y abasí. Los protagonistas, hombres y mujeres —aunque los primeros son mayoritarios— representan al enamorado sufí, al místico homosexual, a la amada traidora, al amante loco, al lujurioso, al leal, a la mujer serpiente, al amante discreto que muere de amor, etc. Pero también hay personajes fantásticos, como aquella criatura mitad hombre, mitad animal, el pájaro que habla o la voz misteriosa que revela, a través de los versos que canta, el lugar donde murieron dos enamorados. *Masāri' al-'ushāq*, está impregnado de espíritu religioso y sufí. Las historias que el autor cuenta rezuman castidad y temor a Dios. Incluso aquellas en que se produce algún desliz li-

¹⁶ *Ṭawq al-ḥamāma*, 34-5.

¹⁷ *Idem*, 194.

bertino, terminan con un arrepentimiento. Cabe señalar, sin embargo, que el autor encabeza cada uno de los tomos de su libro con un poema erótico.

Al-Sarrāy trata en este libro el tema del *'ishq*, es decir, el amor, y su postura parece ser la del amante cuitado. Para él el *'ishq* es un compañero agradable y poderoso, sus caminos son delicados y ambiguos. Se apodera de los cuerpos y de las almas, de los corazones y de los sentimientos, de los ojos y de las miradas, de la razón y de las ideas. La razón está ante él débil y sumisa¹⁸. Es peligroso; los enamorados son sus víctimas. De ahí el título "Masāri' al-'ushāq": *masāri'* es el plural de *masra'*, que significa 'arena', o sea, lugar de combate, de lucha y de muerte. Dice el autor:

El amor es locura y humillación [...] Su comienzo es juego; su fin es destrozo. Si dependiera de mí, no condenaría a los enamorados porque pecan a pesar suyo, no por elección propia¹⁹.

El Imam Ibn 'Alī Al-Yawsī, en cambio, considera el amor como una enfermedad y a la mujer como una fuente de tentación. Es obligatorio luchar contra la pasión amorosa evitando estar a solas con una mujer desconocida. Lo femenino es un peligro contra el cual hay que estar prevenido: "La mujer ha de salir de su casa lo menos posible, porque si se salva a sí misma, los demás no se salvarán de ella"²⁰. Lo femenino es asimilado por el autor a lo satánico. Además, todo en la mujer es tentador: su mirada: "La mirada de la mujer al hombre es una flecha envenenada de Iblīs (el diablo)", su voz: "Se cuenta de una mujer que, cuando se encontraba sola en su casa, ponía su mano sobre la boca para que su voz fuese desagradable y así no tentar a quien llamara a su puerta"²¹. No cabe duda, Al-Yawsī condena el amor sensual. Lejos estamos del bonito juego de seducción descrito por Ibn Ḥazm en su *Ṭawq al-ḥamāma*.

Totalmente distinta es la visión de lo femenino y del amor que nos ofrece Ibn Qayyim al-Yawsiyya en *Ajbār an-nisā'* y *Rawḍat al-muhibbīn*. Nacido en Damasco y discípulo de Ibn Taymiyya, Al-Yawsiyya era un jeque *bon vivant* y gran conocedor de la tradición amorosa árabe. Nos refiere en la primera obra, *ajbār*, noticias de mujeres árabes para ilustrar temas como los celos, la fidelidad, la infidelidad y el adulterio. Pero lo más importante a nuestro modo de ver, es la descripción física y moral que hace de la mujer y la riqueza del lenguaje que en su búsqueda de la precisión descriptiva, multiplica los vocablos y los matices. Un capítulo como el que cierra el libro y que trata del cuerpo femenino es realmente intraducible a otro idioma por la compleja precisión terminológica y la variedad de matices semánticos. Por ejemplo, el autor dedica el séptimo capítulo a la descripción del físico de la mujer; sus senos²², su piel, su boca, sus labios (y saliva también)²³ y su estatura. Clasifica a las mujeres, según su estatura en *ramyala*, cuando la mujer es gorda, alta y proporcionada; *musabhala*, cuando es gorda sin ser fea; *yāriya sabḥa wa 'aytabul*, si es alta; *yamīla y wadī'a*,

¹⁸ *Op. cit.*, 11.

¹⁹ *Idem.*

²⁰ *Kitāb aḥkam an-nisā'*, cap. 25-6, 203.

²¹ *Op. cit.*, 202.

²² *Op. cit.*, 234-6

²³ *Op. cit.*, 243 y ss.

cuando tiene cierta belleza; *hassana*, si todo en ella es bello; *ghaniya*, cuando, por ser bella, prescinde de todo artificio de belleza; *mi'tal*, cuando no le importa llevar ropa lujosa y joyas; *wasīma*, si su hermosura es firme y natural y *qasīma* cuando es muy bella²⁴. Las clasificaciones de este tipo con esta riqueza léxica y semántica constituyen una de las características de la literatura erótica árabe. Esta dimensión literaria de la obra de Ibn Qayyim al-Yawsiyya, que se debe al estilo, está reforzada por los numerosos versos, muy eróticos algunos, dichos por mujeres y por hombres, con que el autor ilustra sus comentarios.

El verdadero amor para Al-Yawsiyya es el que se goza mediante las caricias y los besos:

—Qué es lo que consigue uno cuando está solo con su amada? —Caricias, besos y charla amorosa. —¿Y la penetración?— ¡Por Dios, quien esto hace no es un enamorado!²⁵.

En *Rawḍat al-muhibbīn*, del que el autor dice que es un libro útil para todos, el amor es presentado desde una doble perspectiva: es una de las cosas más bellas creadas por Dios, pero es condenable:

Loado sea Allāh que ha hecho del amor un camino para unirse con el Amado [...] Por el amor y para el amor existen la tierra y los cielos, viven todas las criaturas, se mueven los astros del cielo [...]²⁶.

El amor es inevitable. Es una enfermedad cuyo remedio reside en la unión de las almas y los cuerpos de los enamorados. La plenitud del deseo está en el coito, con que se alegra el corazón, se despejan los malos pensamientos, se libera el cuerpo y se refuerza²⁷. Pero, al igual que Ibn Hazm, Ibn Qayyim al-Yawsiyya previene a los creyentes contra el poder del *Hawā* (la pasión) y de la *Sahwa* (el deseo), tema al cual dedica el último capítulo. Por ahí entra el diablo, dice. La mejor defensa contra el imperio del deseo es la razón. Sin embargo el autor no lo condena de una forma absoluta y lo expresa muy claramente: “No es absolutamente condenable; tampoco es absolutamente loable”²⁸.

Ar-Rawḍ al-‘āṭir, de Nafsāwī, se sitúa en la misma línea temática que los libros de Ibn Qayyim al-Yawsiyya, pero es el más erótico y “libertino”. Es el *Kama Sutra* del mundo árabe. De ahí la popularidad de la que goza, especialmente en Occidente. Ha sido traducido a varios idiomas. Nafsāwī describe los distintos momentos de la relación sexual y dedica capítulos a la descripción de los órganos sexuales masculino y femenino (ofreciendo al lector los distintos términos que los nombran en árabe)²⁹, a

²⁴ *Op. cit.*, 228.

²⁵ *Op. cit.*, 46. El autor cita versos de una mujer de la tribu de Banū ‘Udra en que dice: “El amor es besos, guiños y caricias. / El amor es solo esto. El acto sexual lo altera”, 51.

²⁶ *Op. cit.*, 3.

²⁷ *Op. cit.*, 212.

²⁸ *Op. cit.*, 469.

²⁹ Existen, según él, más de 37 formas de nombrar el órgano sexual masculino y más de 39 para el femenino, *Ar-Rawḍ al-‘āṭir*, 93-4.

lo que estimula el deseo del hombre y de la mujer, a la esterilidad, los afrodisíacos, el embarazo, etc. Lo femenino queda descrito como algo irresistible que absorbe y asfixia; y la mujer como una criatura insaciable que ejerce una influencia irresistible sobre el hombre. Nafsāwī, también, acompaña sus exposiciones y análisis de poesías eróticas y de anécdotas ilustrativas, de detalles picantes que van a contracorriente de la moral común. Sin embargo, su libro no alcanza la calidad literaria de los libros de Ibn Qayyim al-Yawsiyya ni lo picante de su estilo. El discurso erótico-religioso de Nafsāwī, al igual que el de los demás autores, es machista.

Otro clásico de la literatura erótica oriental es este libro del Jodya Omar Haleby: *Teología musulmana. El Ktab o las leyes secretas del amor en el Islam*, traducido parcialmente, en 1893, por su amigo Paul de Réglá, médico, viajero y humanista francés y reeditado por Malek Chebel en 1992 bajo el título de *El Ktab. Las leyes secretas del amor en el Islam*. Como lo indica Chebel en su introducción, *El Ktab* es un libro de actualidad puesto que la mentalidad erótica de los pueblos de civilización musulmana ha resistido a la mayoría de las tentativas de alteración. Omar Haleby era un turco de madre árabe; era un “Señor”, jurisconsulto y curandero. Su saber enciclopédico le permitió escribir este *Ktab* singular en su género, rico en enseñanzas de índole teológica, jurisprudencial, etnográfica, médica y psicológica. Malek Chebel lo califica de radiografía de la cultura sexual argelino-otomana y turca, y por consiguiente de gran parte del mundo musulmán del siglo XIX. El acto carnal es tratado como en el famoso *Kama Sutra* indio. Sin embargo, los contenidos jurídico, teológico y etnográfico, además de las consideraciones médicas y psicológicas, le confieren una dimensión enciclopédica innegable. Chebel no vacila en afirmar que su autor quiso echar las bases de una verdadera *Enciclopedia del amor*, enciclopedia que el propio Chebel publicará más tarde.

En consonancia con la mentalidad de la época, Haleby presenta a la mujer como inferior al hombre, pero solo en la relación esposo-esposa. Su discurso erótico, comparado con el de Nafsāwī, es menos libertino, más analítico y enciclopédico. Los aspectos del tema del amor abordados por el autor son muy variados: la creación del hombre y de la mujer, la esclavitud en el Islam, los eunucos, la poligamia, la prostitución, el aborto, la impotencia sexual, la magia y también los misterios y los secretos prácticos del amor: los perfumes y los olores, que el autor clasifica en perfumes coitantes o activos, para el cuerpo, la ropa y la habitación. Dedicó cuatro capítulos al coito, sus ventajas, principios y objetivos, a las prácticas lícitas e ilícitas y a la fornicación. Cuando se refiere al coito y a las posturas coitales, que a diferencia del autor del *Jardín perfumado*, limita a una sola, no lo hace para enseñar al hombre cómo multiplicar el placer sino para incitar a los esposos a consumir el acto carnal con vistas a la procreación. El coito es percibido por él como un modo de recuperar la unidad primera.

Entonces, muy didáctica, la literatura erótica árabe no deja de dar fe con audacia, una audacia que sorprende hoy, del arte de amar de los árabes. Sin dejar de subrayar el retroceso notable dado en este sentido, Malek Chebel, continúa esta tradición, pero desde una perspectiva diferente, la del antropólogo, psicoanalista y literato. Ha

publicado, como queda dicho, una serie de estudios sobre el amor y la sexualidad en el mundo árabe-musulmán. *Le livre des séductions*, entre el ensayo, la ficción y la poesía, se sitúa, a nuestro modo de ver, en la línea de *Ṭawq al-ḥamāma*, haciendo abstracción de la dimensión religiosa de este libro a cuyo autor Malek Chebel no vacila en calificar de erotólogo³⁰. Como lo indica el título mismo, el libro de Chebel es un canto a la seducción y sus facetas, estrategias y variaciones en el Magreb, un canto realizado en un estilo bastante poético:

ivresse, appel, dérive, mouillement, explosion, fièvre, pulsation, désir, rêverie, délire, ancrage, port, île, illusion, prairie, genoux, voile, brise, sous-bois, rivière... Alchimie des humeurs, dérive ensemble. [...] Caresse visuelle, absorption volatile des sons émis par la personne aimée, effluves parfumés qui vous font oublier que la séduction recèle aussi ses stratégies sordides, ses équivalences malheureuses, ses limitations douloureuses ou ses promesses trahies³¹.

Así introduce el autor a su lector en el bello juego de definiciones sobre la seducción. Esta es dependencia y juego: *Le jeu de la séduction – ou la séduction comme jeu – n'est, à tout prendre, qu'une alternance où se mêlent interdit et transgression, refus et acceptation*³². Juego de miradas, de gestos, de silencios; juego esbozado, juego de deseos brotantes. El espacio de la seducción se reduce a la inconsistencia de un guiño, de un estiramiento de los labios, de una mirada furtiva, de la expresión más ínfima de la cara. El gesto, la mirada, el tacto, el perfume, el *koheul*, la elocuencia, el silencio, son tantas estrategias de la seducción. La mujer magrebí, dice Chebel, seduce primero con los ojos. El hombre, en cambio, utiliza el Verbo como un arte por mostrarse la mujer sensible a las palabras³³.

La seducción es también espejeo, pues es el sujeto y su sombra, la acción y la reacción. Es espera ya que, en la concepción árabe tradicional, el tiempo de la espera es la mejor prueba de amor que un amante pueda dar a su amada. Es la mística del amor:

La séduction est la mystique de l'amour. Elle est jusqu'à sa langue, totalement pétrie de transparences ou encore... de fulgurances³⁴.

Su lenguaje, al igual que el lenguaje de la mística, está hecho de imágenes y de silencios. Pero la seducción es un llamamiento a la experiencia de la carne, transfigurado por el supremo deseo. Es esta la seducción pasional que lleva al desorden y a la muerte. En la tradición árabe-musulmana existe una leyenda colectiva, la de los Banū 'Udra, una tribu cuyos miembros concebían y vivían la pasión amorosa como un medio que permite al amor casto pervivir y exaltarse en una espera sin fin. Una de las pa-

³⁰ *Le livre des séductions*, Paris, Lieu commun, 1986, 124.

³¹ *Op. cit.*, 7.

³² *Op. cit.*, 10.

³³ *Op. cit.*, 54 y 61.

³⁴ *Op. cit.*, 82.

rejas udristas más famosas es la de Yamīl y Buzaina³⁵. Entre los árabes, dice Chebel, no sin cierta ironía, la seducción es tan pasional que los alfaquíes, inquietos, se movieron y levantaron murallas de leyes y prohibiciones en contra de ella.

El autor nos habla también de la seducción *ordinaria*, la que es espontánea y que nace sin preparación, independientemente del *cazador* y de su *objetivo*. Los espacios de esta seducción son el gineceo, el zoco, la cafetería y el *hammām* (baño turco). La cafetería es la tribuna de los mirones: ““Ver” en el Magreb equivale a menudo a “desvelar”, “desnudar”. Se suele preferir, hipócritamente, lo no visto a lo visto; pero es lo entrevisto lo que predomina”³⁶. El hammām que ha inspirado a tantos pintores orientalistas y sobre el cual un escritor mejicano actual, Alberto Ruy Sánchez, ha escrito unas páginas muy bellas³⁷, es el espacio del erotismo por excelencia. En él encuentra el visitante la medida exacta de su madurez:

car c'est dans ce lieu, favorable à l'anonymat de fortune, que le primat du sensual se transcende ou se cabre. C'est là, de même que se noue le rêve, que se dénoue la mort. Que le hammam demeure et que demeure avec lui, incrite dans son empire, la plus douce des séductions ordinaires³⁸.

Pero el aspecto erótico del libro lo constituyen los capítulos que el autor dedica a las partes más eróticas del cuerpo, sobre todo femenino, y que él llama *puntos de inflexión e intersticios*. Son espacios corporales sobre los cuales vagabundean el sueño y los sentidos: los senos, la boca, los labios, el ombligo y otros ángulos voluptuosos: El intersticio hace pensar en el orificio, dice el autor; entre los dos hay un lazo de vecindad; pero entre ambos hay una divergencia definitiva:

l'un est éclaboussé de lumière, il est lui même lumière, c'est l'interstice. L'autre est embouchure nilotique imprimant une ombre sur le corps et s'inscrivant dans l'épaisseur du vide interne³⁹.

Siguiendo las pautas de los erotólogos, sus predecesores, Chebel describe y clasifica senos y ombligos. Así, en su “Libres propos sur les seins” da rienda suelta a su pluma y escribe:

³⁵ El amor *'udrī* es un amor casto. De ahí que algunos traduzcan *udrista* por *virginalista*. El amor *'udrī*, cree en la unicidad en el amor y se basa en la sublimación de la mujer: El amante udrista cuando ama a una mujer no puede amar a otra, muere de amor solo por ella. Es casto y el sufrimiento es la razón de ser de su amor. Considera su amor como una causa sagrada que ha de defender y por la que se sacrifica. Sus armas son la sinceridad, la fidelidad y la castidad. Yamīl Buzaina escribió entre otros versos: “Muere mi amor cuando la encuentro / vuelve cuando me separo de ella y renace”. Es de señalar que cuando llegó el Islam, reformó la sociedad árabe suprimiendo creencias y costumbres difundidas entre los árabes preislámicos; pero conservó y defendió la visión *'udrista* del amor: “quien ama y muere casto, muere como mártir”, dijo el Profeta. Según Al-Asma'i, un árabe al que le preguntaron “¿qué harías si tuvieras a tu amada? contestó: “gozaría mirándole la cara, oyendo su voz y no desvelaría nada de ella que no debiera”.

³⁶ *Op. cit.*, 145.

³⁷ Véase su novela *Los nombres del aire*, Alfaguara, 1996.

³⁸ *Le livre des séductions*, 21-2.

³⁹ *Op. cit.*, 142.

Le sein est l'épicentre vers lequel convergent toutes les lignes, toutes les gracieuses perspectives du corps féminin. [...] Un sein ne peut s'apprécier que dans une multiplicité de regards désirants. Il ne peut garder son printemps que s'il surprend, continuellement, afin que le regard se séduise et que le sein, dans un état de demi-hypnose, se savoure⁴⁰.

Las páginas dedicadas al ombligo y a las asociaciones eróticas y sexuales que induce, contienen un elogio de esta parte del cuerpo, definido como un verdadero tesoro de representaciones eróticas para el Magrebí y para el Árabe en general. Estéticamente hablando, el ombligo es el equivalente de la vagina. Sus formas son varias⁴¹ y son reveladoras de las asociaciones que la imaginación del hombre, tanto en Oriente como en Occidente, ha tejido en torno a este punto de inflexión. Chebel demuestra en este capítulo, como en el otro dedicado al seno, su interés por las diferentes sensibilidades y representaciones eróticas en las distintas culturas. El *Kama Sutra*, el *Cantar de los cantares*, *Las mil y una noches*, las culturas africanas, Max Aub, Abū Nuwās, Ibn Hazm, Omar Jayam, Tarafa, Nafsāwī: todo un saber enciclopédico conjugado con una sensibilidad, un espíritu de la observación y un estilo propios, hacen de él un continuador de una tradición secular que aporta algo particular que es esta misma apertura a otros textos de otras culturas. A diferencia de sus predecesores, Chebel no escribe solamente para el árabe-musulmán, y su finalidad no es didáctica. El destinatario de su libro es también el lector occidental interesado en comprender la sensualidad de los Orientales.

⁴⁰ 130-1. "Le sein le plus succulent, celui qui excelle dans l'esthétique langoureuse, lancinant travail de la chair sur la chair, le sein classissime, ce sein là est celui qui prolonge le pas, ouvre la marche, instruit la danse, préside au rêve du poète [...]", añade el autor en un lenguaje que rebosa placer y sensualidad.

⁴¹ Hay ombligos como "grano de café", horizontales, redondos, profundos, irregulares, invisibles, ombligos de Venus u ojo de gato, o copa redonda como decía Salomón a Sulamita, etc. Véase p. 95.